

CULTURA

Por J. ORS - Madrid

Mike Tyson resulta arrogante incluso en sus confesiones biográficas. Es como si necesitara la hostilidad del lector para ser sincero. Resulta difícil encontrar un autor, a lo largo de la literatura, que consiga concitar tanta animadversión hacia él a través de sus propias memorias. El ex campeón del mundo de pesos pesados lo ha conseguido. Su franqueza nace del particular duelo que mantiene con el resto del mundo desde su nacimiento. Un desafío repleto de furia, cólera y rabia. Posiblemente es una herencia de Brownsville, en Brooklyn, donde creció. Aquel barrio era una fosa séptica de seres desahuciados. Un lugar donde la delincuencia resultaba tan extendida que la cárcel parecía destinada a salvaguardar a los ciudadanos honrados. Un día, salió a canearse con una pandilla rival armado con un rifle. Al darse la vuelta, encontró a un tío apuntándole a la cara con un pistolón. Era su hermano y él tenía diez años. Su infancia había transcurrido en habitaciones de hospital debido a una afección pulmonar y él mismo reconoce que «el gen familiar para noquear» provenía «de mi abuela». Aquella mujer resolvió un problema de violencia conyugal golpeando a ese indeseable en la barbilla. «Dejó de pegar a su mujer y se convirtió en otro hombre».

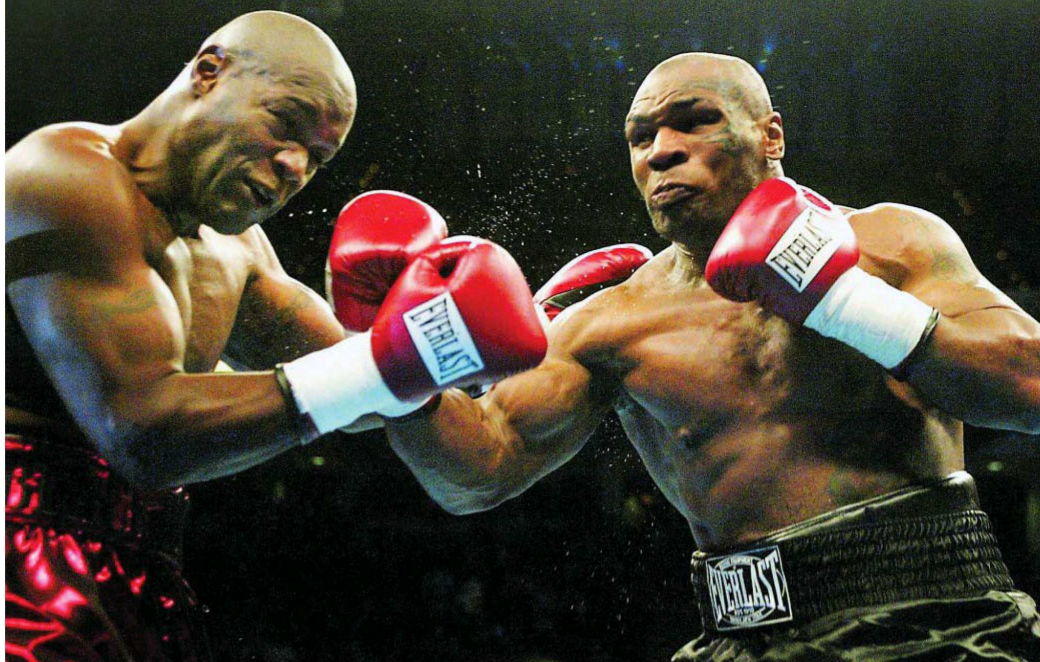
» SUPERVIVENCIA

Tyson creció en un ambiente familiar desestructurado que sobrevivía en la miseria. Su hogar era una versión tierra adentro de «La balsa de Medusa» de Géricault. Un lugar plagado de locura y de hambre donde a nadie le habría extrañado el canibalismo. Sus amigos solían matarse en la calle por asuntos de droga y él mismo presenciaba cómo los amantes disfrutaban de su madre con él dentro de la cama. «Las amigas de mi madre eran prostitutas o, por lo menos, mujeres que se acostaban con hombres a cambio de dinero. Nada de alto nivel ni de baja estofa. Acostumbraban a dejar a sus hijos en nuestra casa antes de ir a reunirse con los clientes». Acabaron desahuciados, viviendo cada noche en un edificio diferente. «Esto es algo que odio de mí mismo, algo que aprendí de mi madre: que uno haría cualquier cosa con tal de sobrevivir». Tyson cre-

Reuters

Se publican las memorias de Mike Tyson, el campeón del mundo de pesos pesados más joven de la historia. Un relato descarnado de pobreza, agravios, engaños y mucho boxeo, donde no se elude ningún tema y se acerca sin edulcoraciones a la figura de este ángel negro que conquistó el cuadrilátero a los veinte años.

EL CAMPEÓN MALDITO



Tyson, durante el combate que mantuvo con Clifford Etienne en 2003. Lo noqueó en el primer round, en apenas 49 segundos

ció rodeado de mujeres duras, «que se peleaban con los hombres», y de chavales que le robaban «en la puerta de nuestro edificio». «A día de hoy, sigo sintiéndome un cobarde por culpa de aquellos abusos. Sentirse así de indefenso es devastador. Nunca olvidas esa sensación». Un tal Barkim, un gallito que lo presentó como su nuevo hijo, le introdujo en la vida criminal. Le animó a asaltar casas. Había cumplido ocho años y ganaba doscientos pavos por golpe. «Aquella fue mi única educación y aquellos tipos, mis únicos maestros».

Todo Tyson está concentrado en esos años, cuando los chicos le caneaban —de niño le costaba pegar a otros compañeros— y su timidez le impedía ligar con las

«HAY ALGO QUE ODO DE MÍ Y QUE APRENDÍ DE MI MADRE: PARA SOBREVIVIR SE HACE LO QUE SEA»

«QUERÍA FOLLARME A LAS MEJORES CHICAS, Y COMPRARME LOS MEJORES COCHES Y LAS MEJORES CASAS»

chicas, que le rechazaban. Él reaccionaba a esos plantones, insultando de la peor forma que conocía (a diferencia de otros de sus amigos, sus relaciones sexuales comenzaron tarde, pero a partir de ese instante se convirtió en un adicto al sexo). De ese periodo ha dejado dos frases para la posteridad: «No creía que fuera a cumplir los dieciséis» y «siempre pensé que yo era mucho más loco que valiente».

Con ese desaforado día a día a nadie le puede extrañar que Tyson acabara encerrado en la trena. La prisión acabó convirtiéndose en su redención, en la galería que conducía a su nuevo hogar. El maco le salvó la vida, como a otros púgiles antes. Allí aprendió a boxear y, sobre todo, se en-

contró con Bobby Stewart, el hombre que le presentó a a Cus D'Amato, el providencial entrenador de boxeadores que reconoció en ese chavalín de trece años a una promesa aúsin pulir. «Aquí tenemos al campeón mundial de los pesos pesados», comentó al verle guantear la primera vez. No se equivocó.

» UN ÁNGEL PARA TYSON

La presencia de Cus es fundamental para comprender el éxito de Tyson. Él fue quien le dio forma y forjó los cimientos de su carrera. Cus le enseñó a Tyson qué significaba la palabra «miedo» y cómo dominar esa sensación; le dijo cómo debía boxear, moviendo sin parar la cabeza, y, también quien le hizo repetir